



Desde

8

años

PLANETA

AZUL

MI HERMANA JUANA Y LAS BALLENAS DEL FIN DEL MUNDO

JULIANA MUÑOZ TORO

ILUSTRACIONES DE SARA TOMATE

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustraciones de interior y de cubierta: Sara Tomate

© 2017, Juliana Muñoz Toro

© 2017, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6166-3

ISBN 10: 958-42-6166-5

Primera impresión: agosto de 2017

Segunda impresión: marzo de 2018

Tercera impresión: enero de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

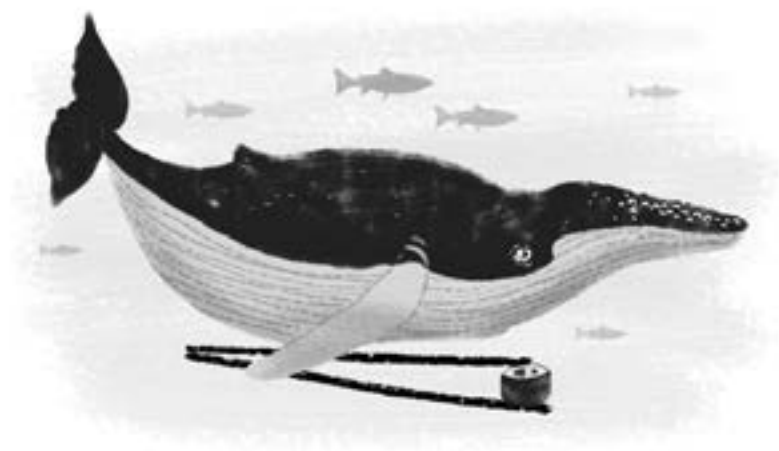
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

JULIANA MUÑOZ TORO (biografía)

Nació en Bogotá en 1988. Tal vez por eso el 8 es su número favorito. Le encanta viajar y en una de sus aventuras por el Pacífico colombiano conoció las ballenas jorobadas. Estudió periodismo en la Universidad Javeriana y una Maestría de Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York, ciudad en la que vivió durante dos años y donde construyó su primer muñeco de nieve. En 2017 publicó la novela juvenil *24 señales para descubrir a un alien* con la Editorial Tragaluz y en la que habla de un chico que piensa que su padre ha sido abducido por los extraterrestres. Actualmente escribe una columna en el diario *El Espectador* donde habla de los libros que más le gustan.

ÍNDICE

I. Las ballenas jorobadas deberían vivir en París.....	9
II. Una niña amasando la arena	15
III. A Juana se la tragó una ballena	21
IV. Las acróbatas del fin del mundo....	31
V. ¡Pobre Moby Dick!	39
VI. Barco adentro	47
VII. Un concierto en el fondo del mar.....	55
VIII. Baile imposible	65



|

LAS BALLENAS JOROBADAS DEBERÍAN VIVIR EN PARÍS

Las ballenas jorobadas deberían vivir en París. Lo harían si pudieran nadar en el río Sena y no en agua salada. Así no estaría aquí, al lado del Océano Pacífico, esperando una lancha a pleno sol. Mamá, que es científica y cree saberlo todo, dice que nos va a dar cáncer en la piel de tanto recibir rayos ultravioleta. No sé nada del cáncer, pero sí sé que este calor me asfixia. Esto no pasaría si nuestras vacaciones fueran en París, la ciudad en donde cualquier foto quedaría perfecta. Todo es culpa de mi

hermana Juana. Juana Araguata, le digo, porque se parece a los araguatos o monos aulladores, que nunca se están callados ni quietos. A veces, por molestarla, le aseguro que cuando crezca va a ser tan peluda como los araguatos que vimos el año pasado en los Llanos.

Hace unos meses se le metió en la cabeza que quería conocer a las ballenas jorobadas. Desde ese momento cada día habla del mismo tema: que las ballenas andan con sus ballenatos al lado. Que las ballenas son tan grandes como la Torre Eiffel y que si quisieran se podrían tragar un barco completo, pero como son tan buena gente solamente comen sushi. Que las ballenas viajan todo el tiempo y por eso hay que ir a verlas ya ya ya.

No entiendo por qué mamá le hace caso. A mí me parece que a su edad no debería ser tan fantasiosa. Además, siempre se mete en mis

asuntos. Si quiero ver una película de zombies, ella también, aunque al final lllore y me interrumpa. Si voy a montar en bici con mis amigos, ella me ruega para que la lleve. Yo le respondo que no, pero mamá con su voz pausada, como si estuviera a punto de revelar algún secreto, me dice que tengo que compartir tiempo con mi hermana. La llevo y, claro, siempre llego de último por estar esperándola.

Al fin llega Érica del Mar, la lancha. A estos barcos les ponen nombres. El capitán nos explica que es una tradición de los marineros para sentirse acompañados en medio del mar, donde pueden durar meses sin ver ni un pedacito de tierra.

—Casi siempre son nombres de mujeres porque son como las diosas de las leyendas, el amor de su vida o una hija que los espera en casa. Las mujeres son su tierra a la vista.

—¿Y sus hijos? ¿Acaso no los quieren?

—Algunos dicen que las mujeres traen mejor suerte.

No me gusta su respuesta. Termino la conversación y tomo una foto con mi cámara que se resbala de mis manos húmedas. Este puerto no es un buen escenario. Hay mar, pero no una playa con arena blanca. Varias botellas y restos de basura flotan cerca del muelle.

Érica del Mar prende su motor. Juana se sienta en el puesto de adelante porque es la parte de la lancha que más salta. Yo prefiero hacerme atrás con mamá. Cuando pasa el barquero entregando los chalecos salvavidas ella se presenta.

—Mucho gusto, soy la doctora Rodríguez. En la agencia pedí un chaleco de talla pequeña.

—Disculpá doña, pero solo tenemos estos. No importa la talla, lo importante es que flote.

—Doctora, dooctora.

—Dotora.

Mamá suspira.

Empezamos el camino a Bahía Málaga, donde se supone que nos están esperando unas ballenas jorobadas que comen sushi. Yo preferiría estarle tomando fotos a la Torre Eiffel.



||

UNA NIÑA AMASANDO LA ARENA

La primera imagen que tengo de Bahía Málaga es la de una niña amasando la arena. La aprieta con sus manos y la mueve hacia adelante y hacia atrás. Pan de arena y mar.

Tal vez le dará forma al océano y se llevará un poco de él para la noche, cuando tenga nostalgia. Yo evito la nostalgia. Es tonto sentirse triste por el recuerdo de algo que fue y ya no es. Mamá cree que lo más importante es el futuro.

La niña deja de amasar la arena y se acerca con sus pies desnudos al muelle. Detrás de ella

llega un puñado de niños que quieren ayudar con las maletas de los pasajeros. Ella nos mira con sus ojos grandes, grandísimos. Su piel negra tiene cristales minúsculos de sudor y agua de mar. No hay piel más brillante en toda la playa. Aprovecho y saco mi cámara para retratarla. Le gusta ser mi elegida y sonrío.

Llega Willy, o el que hace que las cosas pasen, me explica mamá. Nos llevará al hotel, encontrará una ballena para Juana y nos dirá dónde comer sin que nos dé luego un terrible dolor de estómago.

Willy es tan flaco que podría esconderse detrás de un poste. Willy está más que bronceado. Juana sigue dormida a pesar de todo el alboroto. Nuestro guía la carga en su espalda y parece flotar de lo cuidadoso que es. Mamá y yo nos subimos al *jeep* para ir hasta Ladrilleros, el pueblo de Bahía Málaga donde está nuestro refugio.

Por el camino Willy nos cuenta cosas de su vida. Como que, además de ser guía turístico, también pesca y toca tambor.

—¿Y pesca ballenas? —pregunta Juana, que ya está despierta.

—Nooo niña Juana. Esas no se cazan. Para pescar están las pianguas.

—¿Qué son pianguas?

—Uuuy, unos moluscos deliciosos, parecidos a los mejillones.

—¿Mejillones?

—Noooo, vos sí que no sabés lo que es bueno. Mañana te llevo a comer la mejor piangua con patacones de todo el país. Y la hace la mujer más bonita de toda Bahía.

—¿Con la que piensa casarse?

—¡Juana! —la interrumpo.

Willy se ríe con todo el cuerpo.

—Con la que me casé hace veintidós años.

Suena un padrenuestroqueestánenloscielos como si Dios nos hablara por un altavoz. Me toma un rato darme cuenta de que la oración viene de unos parlantes en los postes de luz. Willy dice que la misa de mediodía la transmiten por todo el pueblo.

Las calles se van haciendo angostas y el suelo es un camino de polvo y piedra. Llegamos al hotel: una cabaña de madera en medio de la selva. Juana no deja de preguntar cuándo iremos a conocer las ballenas.

—¿Y será que pueden saltar por encima de nosotros, como en la película?

—No sé de qué película hablás. Será mejor que recés para que no salten encima de nuestra lancha.

Mamá lee en una pantalla. Juana vuelve a quedarse dormida. Yo no puedo hacer más que espantar a los miserables mosquitos que me atacan por todas partes.

